

Las culturas minoritarias en la sociedad informática

Joseba Arregi
Parlamentario Vasco de EAJ/PNV

A nadie se le escapa que la pregunta que va implícita en el título se formula, se ha solidado formular desde el miedo: la homogeneidad y la uniformización que se le presuponen a la globalización en acompañamiento a la extensión de la sociedad de la información terminarán erradicando todas las formas particulares, todas las formas diferenciadas de cultura, las culturas minoritarias.

Este miedo proviene tanto del valor que se le concede al hecho de la diferencialidad y de la subsiguiente pluralidad cultural, como de las opciones políticas que se fundamentan en y se reclaman de alguna particularidad, de alguna diferenciación en concreto.

Tan cierto como lo anterior es, sin embargo, que quienes más miedosos se han mostrado en relación a la pregunta que parece estar encerrada en el título, no han tardado mucho en tranquilizarse, pues han podido leer aquí y allá que la misma globalización adquiere formas particulares, y sobre todo, que el mismo proceso de globalización trae consigo una revalorización de lo local.

Problema resuelto, parecen decir quiénes estaban asaltados por el miedo. Podemos respirar, podemos seguir con nuestros planteamientos de siempre: la defensa de lo particular y de la diferencia sigue siendo tan necesaria como antaño, sus posibilidades no se han desvanecido. En todo caso han aumentado, si por particular y diferente entendemos que es nuestro ámbito propio el que se revaloriza, mientras que el ámbito institucionalizado en los Estados nacionales es el que realmente se encuentra en peligro por obra y gracia de la sociedad de la información y de la globalización que le sigue.

Dejar las cosas en esta postura, ciertamente esquematizada y en buena medida caricaturizada, supondría, sin embargo, una simplificación de la situación en la que nos encontramos, una simplificación de los problemas que acompañan a la sociedad informatizada y a la globalización. Y la simplificación sería la peor respuesta a la característica en la que la mayoría de pensadores y analistas coinciden a la hora de describir la nueva sociedad: la complejidad.

Bien es cierto que el ser humano sobrevive biológicamente gracias a su capacidad de reducir complejidad y crear orden en el caos de su mundo de percepciones. Pero también es verdad que a cada reducción de complejidad le acompaña la posibilidad de un nuevo horizonte de mayor complejidad: y en esa dialéctica se va desarrollando la historia humana, abriendo, después de retrocesos innegables, horizontes de complejidad cada vez más complejos, valga la redundancia.

Y la sociedad de la información supone un salto enorme en esa ampliación de complejidad: porque la complejización posibilitada por las nuevas tecnologías se ha instalado en el nivel de la capacidad reflexiva de los humanos, y no simplemente en el nivel de sus capacidades motrices y energéticas.

Por eso la respuesta que debemos buscar para los retos que acompañan indudablemente a la sociedad de la información, a la globalización, deben ser una respuesta que parta del reconocimiento y asunción de la complejidad alcanzada: no puede consistir en la afirmación simple y llana de presupuestos más simples ya conocidos.

Es cierto que ni los lugares van a desaparecer, ni lo local va a dejar de tener su importancia. Pero tan cierto es que nada va a quedar como era, que todo va a cambiar. Porque también lo que subsista de épocas anteriores, del entorno 1 y del entorno 2 en el entorno 3 como dice

Javier Echeverría, se encontrará en una relación dialéctica con la globalización: podrá actuar sobre las tendencias de globalización, pero también quedará afectado por la lógica de esta misma globalización.

Si nos colocamos en estos parámetros, la globalización se presenta como problema o riesgo para las pequeñas culturas, para las culturas particulares, pero también como oportunidad. Y es importante percibir tanto los riesgos como las oportunidades para sobrevivir, para adaptarse y desarrollarse.

Una primera condición para conseguir percatarse de los riesgos, y para percibir las oportunidades, radica en diferenciar dos formas distintas de concebir la globalización, así como dos formas diferentes de ver la revalorización de lo local.

Se puede entender la globalización como una tendencia creciente a la uniformización, a la homogeneización. El mismo M. Castells que reclama formas particulares de materialización de la sociedad de la información y que reclama la revalorización de lo local en el proceso de globalización, reconoce que son las élites informatizadas y globalizadas, las que viven de un presente ampliado, las que establecen los valores que empiezan a ser imperantes en el conjunto de las sociedades informatizadas.

La experiencia histórica nos enseña que a todos los procesos de cambio tecnológico han acompañado también procesos de transformación en la autocomprensión de los seres humanos, transformaciones en las formas organizativas sociales, transformaciones en los valores culturales.

Pero también es la propia historia la que nos enseña que ninguna cultura, ninguna civilización, correspondiendo a su nivel tecnológico determinado, ha sido monolítica, totalmente homogénea, y menos cuando el desarrollo tecnológico ha sido elevado, menos en los estadios más "desarrollados" de la historia, en los que la pluralidad de valores ha sido creciente en las sociedades implicadas.

Teniendo en cuenta que la sociedad de la información, el tercer entorno, no es subsumible en una única característica, y que su naturaleza reside en la pluralidad de caracteres, como bien afirma Javier Echeverría, y teniendo en cuenta que aunque las tecnologías nunca son neutras, sino que conllevan, o por lo menos facilitan una serie de valores, mientras dificultan otros, o obligan a transformaciones en los valores imperantes, el resultado de su aplicación y las consecuencias sociales y culturales dependen de las personas que las utilizan, que están detrás de ellas, como también tan acertadamente indica Javier Echeverría, sería un error trazar una línea de necesidad entre la más que probable extensión de las tecnologías telemáticas y la homogeneización cultural global.

Existe otra forma de ver y entender la globalización que se atiene a un aspecto decisivo de la telemática: la interconexión. Si la homogeneización cultural, si la uniformización cultural no es una consecuencia necesaria, aunque sí puede ser un problema y un riesgo en determinados aspectos, la interconexión es un elemento imprescindible para cualquier planteamiento de relación entre las culturas pequeñas, entre las particularidades culturales y la globalización.

A estos dos conceptos distintos de globalización corresponden dos formas distintas de ver y de entender la revalorización de lo local. Puede existir una tendencia a entender la revalorización de lo local que proclaman los analistas de la sociedad de la información como bula para el encapsulamiento cultural, como permiso para desentenderse de lo que rodea a la propia cultura, como invitación a la comprensión homogénea y supervalorativa de lo propio.

Esta forma de entender lo local en la era de la globalización se corresponde con la forma de entender la globalización como homogeneización: ante el riesgo de la uniformización la respuesta es el encapsulamiento, encerrarse en lo propio, reforzar homogéneamente lo propio

para no dejar resquicios a la homogeneización y uniformización que pueden entrar con lo extraño.

Otra forma de entender lo local y su valor en un mundo globalizado consiste, por el contrario, en desarrollar la capacidad de colocarse en la red, de vivir, sin renunciar a lo propio, en la interconexión, sometido a las injerencias, condicionamientos y sugerencias presentes en la red, sabiendo desarrollar la autonomía en esa interdependencia, en esa interconexión.

Entender la revalorización de lo local como resultado de la interconexión es ser consciente de la superación de los conceptos de interior, frontera, exterior, saber que lo propio siempre está constituido también por lo ajeno, el interior por lo exterior, con lo cual la complejidad pasa a ser característica de lo propio, y no sólo elemento descriptor del entorno en el que nos toca vivir.

Si el riesgo que supone la globalización para las culturas pequeñas, minoritarias, radica en la fuerza de la uniformización -no en balde se señala, y vuelvo a citar a J. Echeverría, que la fuerza que está detrás del desarrollo de las nuevas tecnologías es la economía-, la interconexión abre las puertas a las oportunidades que tienen las pequeñas culturas, las culturas particulares en el mundo globalizado.

Pero estas oportunidades dependen de que las culturas particulares valoren adecuadamente la situación, y no huyan a oasis engañosos como los de la postura descrita inicialmente. La valoración adecuada de la situación pasa por reconocer que los cambios que se están produciendo les afectan profundamente, y que esos cambios están situados en lo más íntimo constitutivo de la cultura, en los pensamientos, en los símbolos, en lo intangible, en la conciencia, en los valores.

Es decir: la adaptación que reclaman los cambios tecnológicos no es una adaptación a algo exterior, sino a mutaciones que afectan al aspecto reflexivo mismo del ser humano. No otro es el significado de que lo importante en el mundo que se está construyendo con las nuevas tecnologías no es el hardware, sino el software, no es la infraestructura física, sino que son los contenidos.

La oportunidad que presenta la interconectabilidad supone para las culturas particulares el reto de desarrollar desde sus propias coordenadas valores capaces no sólo de sobrevivir en el tercer entorno, sino de dar sentido a ese tercer entorno. Para lo cual les va a ser necesario desarrollar la capacidad de asumir, no de mimetizar, lo que en la interconexión se les va a ir haciendo interior.

Todo esto no supone otra cosa que la necesidad, en especial para las culturas pequeñas, para las culturas particulares, aunque no exclusivamente para ellas, de ir desarrollando una identidad propia compleja, plural, capaz de aunar distintas posibilidades como propias al mismo tiempo: porque sólo así podrán hacer frente a la desaparición, o desdibujamiento, de la frontera entre interior y exterior, y constituirse como autónomos, y no autarcas.

(Tomando como ejemplo lo que sucede en el plano económico-político con el desarrollo de entidades políticas superiores a los actuales estados nacionales y a la postura que se ha ido desarrollando, me atrevería a decir que lo que deben hacer las culturas particulares es lo contrario: no preguntarse qué me da a mi Bruselas, qué consigo de la Unión Europea, si consigo defender mis intereses, sobreponerme a los intereses de los demás países, sino cómo se construye una Europa unida, plural, mestiza, multicultural en un dar y recibir, intercambiar, interactuar de todos los agentes que la componemos. Paralelamente: cómo contribuimos también las culturas pequeñas al desarrollo de un mundo global, plural, mestizo en un proceso de intercambio e interconexión continua).

Por todo ello la cuestión de la relación de las culturas particulares con la globalización no puede quedar reducida a las posibilidades y a los modos de presencia, por medio de una

página web, en el escaparate de Internet. Esto es necesario. Pero no agota, ni mucho menos, los retos y las oportunidades que en profundidad plantea la sociedad de la telemática a las culturas pequeñas.

Quedarse en ese plano supondría no haber captado lo que dice el citado M. Castells cuando comenta que de los nuevos modos de comunicación telemática se sirven los gobiernos democráticos, los rebeldes de Chiapas y las milicias paracastas de EEUU.

Además de la posibilidad de la presencia en ese gran escaparate globalizado, las tecnologías de la telemática son instrumentos de los cuales también se pueden valer las culturas particulares, en buena medida para compensar su particularidad o su pequeñez. En esto también le doy la razón a J. Echeverría: las tecnologías telemáticas rompen la homogeneidad cultural de los Estados nacionales.

Pero si la presencia en el entorno telemático y el uso de las tecnologías telemáticas no van acompañadas por una adaptación a las formas, a los presupuestos, a las exigencias, a las tendencias que acompañan a las tecnologías telemáticas, por no hablar de valores, puesto que el cómo y el para qué de la aplicación de las nuevas tecnologías lo decidirán las personas que tengan poder o algo que decir, de nada les servirá a las culturas particulares, a las culturas pequeñas.

Y la adaptación principal ya la he citado: consiste en adquirir la conciencia de que la identidad, el interés, la autonomía de cada uno se desarrolla en la interrelación; consiste en percatarse de la primacía de lo intangible; consiste en percibir la importancia de la adaptabilidad al cambio; consiste en ser consciente de la interdependencia. Sin todo esto, las culturas particulares podrán usar internet, podrán estar presentes en el escaparate global, pero sus contenidos, su naturaleza, su forma de ser no se corresponderá con el tercer entorno, y quedará fuera de los desarrollos que se vayan produciendo en éste y a través de éste.

Al fin y al cabo con lo que acabo de decir no hago más que referirme a una característica propia al ser humano, ya, a la vida, pero que quizá ahora la podemos entender mejor, o cuya significación podemos captar en más profundidad. Dice el filósofo Hans Jonas que la característica de la vida es el intercambio, la interdependencia con el entorno: existe un organismo vivo cuando se da una relación de intercambio con el entorno. El metabolismo es el paradigma de lo vivo: recibir del entorno y transformarlo en algo propio, depender del entorno para subsistir y al mismo tiempo ser distinto a él.

Jonas acuña al respecto la frase de libertad necesitada, con la cual caracteriza la situación de todo ser vivo: depende del entorno, pero no está sujeto a él. La base de la libertad de los seres vivos radica en la capacidad de tomar distancia con respecto al entorno que tienen. Lo que sucede es que en la medida en que toma distancia va desarrollando instrumentarios que se le vuelven entornos: cada nueva distancia, cada nuevo grado de libertad supone un nuevo entorno, y por lo tanto, una nueva necesidad.

Cuanto más crecen las posibilidades, cuanto más intangibles, más cerebrales, más reflexivos son los entornos, más humanos, más asimilados a los aspectos "espirituales" de los humanos, tanto mayor es la interdependencia, y el hecho de que el metabolismo sea cada vez más "espiritual" no significa que la necesidad en la libertad sea menor, sino mayor.

De ahí que como diría el propio Jonas, aunque no lo hace directamente en relación al tema que estamos analizando, lo que realmente aumenta con el desarrollo tecnológico es la responsabilidad: mayor libertad y mayor interdependencia apuntan a una responsabilidad tremendamente acrecentada. Sólo que quizá no hemos sido capaces de desarrollar los valores en los cuales se pueda sustentar dicha responsabilidad acrecentada.

Provenimos de unos tiempos culturales en los que la referencia a la universalidad, a lo universal ha sido un punto de apoyo importante para el desarrollo de los derechos humanos,

para establecer las garantías de derecho para las libertades individuales. Ese universalismo ha sido criticado desde muchos puntos de vista, y se encuentra desacreditado hoy en día. Se le acusa de abstracción, de olvidar la realidad concreta de los humanos, de esconder en la universalidad intereses, valores, concepciones, pensamientos particulares.

Y sin embargo, no es nada fácil renunciar a la universalidad sin poner en peligro conquistas importantes para las personas, sin poner en peligro el concepto mismo de ciudadano de derechos y libertades. La pregunta que nos ocupa puede ofrecernos una idea de por dónde buscar la solución: el problema del universalismo de la cultura moderna, y la razón de las críticas radica en que esa universalidad se entiende como alcanzable sólo por la vía de la renuncia al valor de lo concreto, de lo particular, de lo diferenciado.

Pero existe otra forma de llegar a lo universal: a través de la comunicación de los particulares, lo cual exige de éstos que no se entiendan como entidades autosuficientes y cerradas en sí mismas, sino abiertas al diálogo, a la intercomunicación, que se constituyan no desde su propio interior metafísico, sino en la interconexión y en la interdependencia, que se sepan invadidas desde el primer momento por lo exterior, por lo distinto, que se sepan, pues, plurales. No en pluralidad de adición, sino en pluralidad interna.

Pero volviendo a la suerte que las culturas particulares, las culturas pequeñas puedan correr en el mundo globalizado, en el tercer entorno, permítanme, para ir terminando, volver la mirada hacia casa, hacia nuestra propia revalorización de lo local.

Empezando por el final: Euskadi, la cultura vasca sobrevivirán mejor en la época de internet, en la sociedad de la información, en la sociedad caracterizada por las tecnologías telemáticas si se entienden a sí mismas, y si se constituyen como complejas, como sociedad compleja, como cultura compleja. Euskadi y la cultura vasca tendrán enormes dificultades de adaptación y de supervivencia si en lugar de ello se esfuerzan por alcanzar la simpleza de la homogeneidad, por constituir un monismo de la clase que sea: cultural, político, social.

Porque, concretando más el problema, la pregunta misma del futuro de las culturas minoritarias en la sociedad de la información necesita una diferenciación. ¿Nos referimos a la cultura vasca como algo homogéneo? ¿Nos referimos a la cultura vasca como a la cultura escrita y desarrollada en euskera? ¿Nos referimos a la cultura vasca como algo compuesto, como la resultante de una pluralidad, como algo plural en sí mismo, como algo mestizo?

Si hablamos de Euskadi, de la sociedad vasca, ¿nos referimos a un todo homogéneo en su autodefinition política, o nos referimos a un compuesto, a algo internamente diferenciado, a algo plural, complejo, mestizo?

Si partiéramos de una situación en la que tanto la sociedad como la cultura fueran homogéneas, unitarias, simples, también entonces vale la afirmación de que el futuro de esa sociedad y de esa cultura en los tiempos de la sociedad de la información pasa por asumir la necesidad de la complejización interna, de asumir el valor y las consecuencias de vivir la interconexión.

Pero siendo la realidad de la sociedad vasca y de su cultura una realidad mestiza, compleja ya, plural en lo más profundo, compuesta, su situación para enfrentarse a los retos de la sociedad de la información es inmejorable, porque ya tiene algo que va a ser requisito en el futuro. Esa situación inmejorable depende, sin embargo, de nuestra capacidad de asumir la realidad como valor positivo, como ventaja competitiva, y no mirarlo, consciente o inconscientemente, como problema, como rémora, y tratar de reconducirlo de alguna forma, en algún momento, en algún aspecto, a una homogeneidad soñada, a una situación de no composición, de simpleza deseada.

